

OBRAS DE MISERICORDIA ESPIRITUALES

Introducción.-

En su Carta Apostólica, “Misericordiae Vultus”, el Papa Francisco, luego de invitarnos a redescubrir las obras de misericordia corporales, nos dice que no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo a quien lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia a las personas molestas, y rezar por vivos y muertos. **¿Por qué no podemos olvidarlas?**

Hay dos razones muy valiosas: + “la misericordia cristiana no puede limitarse a dar respuesta a la necesidad de índole física. La misericordia solo hace justicia al ser humano cuando, lejos de colocar a la persona que padece necesidad en una perdurable situación de dependencia, es ayuda para que el necesitado se ayude a sí mismo, ayuda para la autoayuda. Ello únicamente es posible cuando también se remedia la pobreza cultural, social y espiritual.” (La Misericordia, Walter Kaspers, 142).

+ Y el Papa Francisco nos dice que en la tarde de nuestra vida, cuando seamos examinados en el amor, el Señor Jesús también “nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de violencia que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas. En cada uno de esos más pequeños está presente Cristo mismo” (M V 15).

La siete obras espirituales de misericordia han sido agrupadas en 3 conjuntos: el primero nos habla de aquella mirada llena de amor y de compasión que hemos de tener dirigida hacia quien necesita orientación, no sabe o se equivoca. Ahí están: dar buen consejo a quien lo necesita, enseñar a quien no sabe, corregir al que se equivoca. El segundo grupo nos hace conscientes del amor con que Dios busca reconciliarnos con Él. De esta conciencia ha de brotar en nosotros un espíritu fuertemente conciliador: consolar al triste, perdonar las ofensas y soportar con paciencia las molestias de nuestro prójimo. El tercero contiene la última, la séptima obra de misericordia espiritual que es raíz y manantial de todas las demás obras de misericordia tanto corporales como espirituales: rezar por vivos y muertos.

DAR UN BUEN CONSEJO A QUIEN LO NECESITA

+ Una experiencia muy frecuente es que alguien nos pida un buen consejo. A veces sucede varias veces al día. ¿Por qué sucede así? La razón es que todos, en algún momento de la vida, en muchos momentos de nuestra vida, sentimos la necesidad de que alguien nos aconseje. Tenemos necesidad de un buen consejo para poder hacer bien las cosas, pero sobre todo para hacer el bien con cada una de nuestras cosas, con cada una de nuestras decisiones, para no perjudicar ni perjudicarnos. Así la joven mamá habla a su madre o a su suegra para preguntarle qué hace para quitarle un sarpullido a su pequeño. El deportista le pide consejo a su entrenador para rendir más en la competencia. A veces nos encontramos en tales problemas, que no hallamos cómo salir, vamos y buscamos consejo. En ocasiones hemos de tomar decisiones claves en nuestra vida, que afectan a otras personas y dan rumbo a nuestra vida. No nos sentimos seguros y pedimos consejo. ¿Cuál fue la última ocasión en que alguien nos pidió un buen consejo? ¿Cuál fue la situación que le llevó a pedirnoslo? Dar un buen consejo es una obra de misericordia.

+ ¿Qué es lo más fundamental para poder dar un buen consejo? El libro del Sirácide nos dice que hay que huir de los consejos que nacen del propio interés (del que da consejos según su conveniencia), de los que proceden del envidioso, y de los de gente no experta en lo consultado o predispuesta en contra de ello (no consultes a la mujer sobre su rival, ni al cobarde respecto de la guerra, ni al comprador sobre la venta que quiere hacerte, al perezoso sobre el trabajo). Entonces a quién consultar: el que busca consejo puede encontrarlo fuera, pero *sólo en quien respeta al Señor* (cfr. Sir 37, 15 y ss). Tal vez podamos decir que es posible recibir un consejo cuando es dado de buena fe, con buen corazón. “Dar buen consejo al que lo necesita es sobre todo una actitud del corazón; es querer ayudar, consolar, estimular, fortalecer con un corazón bueno y magnánimo, buscando el auténtico bien de esa persona” (P. Christopher Brackett). Esto es lo fundamental, porque si amamos a alguien venceremos la tentación de aconsejar en lo que no sabemos. Sólo le diremos aquello que estamos convencidos le hará bien. Ciertamente no le daremos un consejo que no estamos nosotros dispuestos a seguir.

+ ¿Qué otras cosas se ocupa para dar un buen consejo? Cada uno de ustedes ha dado multitud de buenos consejos. ¿Cómo le ha hecho? Eso es muy valioso e importante. Es sabiduría de la vida. Con sencillez expreso cinco cosas que pueden ayudar a dar un buen consejo.

= Que nos lo pidan. Ya decía el antiguo proverbio romano: “No des consejo antes de que te lo pidan”. No se riega el árbol de navidad, porque no tiene

raíces, no tiene necesidad de agua. Si no hay una necesidad sentida, difícilmente se estará en disposición de aceptar una palabra, aunque se necesite.

= Escuchar. Largamente escuchar: cuál es la situación, qué fue lo que pasó, cómo se siente la persona, qué piensa de ello, qué posibilidades mira. Hay ocasiones en que eso es lo que busca la persona que se acerca a nosotros, ser escuchada. Y muchas veces al ser escuchada de tal manera aclara su pensamiento, que encuentra por sí misma un posible camino de solución. Muchas veces el Señor Jesús respondía con una pregunta a las preguntas que le hacían. Cuando está en juego el sentido de la vida, el Papa Juan Pablo II, en *Fides et Ratio*, nos orientaba a presentar las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida?

= Hacer lo posible por comprender la situación anímica en que se encuentra quien nos pide consejo, para estar cerca de él, pero sin dejarnos envolver por su enojo, fastidio, tristeza o miedo, porque entonces nosotros mismos perderíamos la claridad de mente que la persona busca conseguir a través de nuestro consejo.

= Si es posible, darnos tiempo y tiempo para rumiar las posibles propuestas que hagamos a la persona, ver sus pros y sus contras y al expresarlas ser honestos y presentar los dos aspectos.

= Con toda humildad y sinceridad reconocer nuestra ignorancia cuándo no sabemos del asunto y nuestra incapacidad cuando no encontramos qué buen consejo darle.

+ ¿Cómo prepararnos para realizar esta obra de misericordia?

+ Esforzarnos por hacer sabiduría las experiencias de nuestra vida: ¿Qué convicciones de vida han quedado hondamente arraigadas en nosotros a partir de lo que hemos vivido? ¿Qué hemos aprendido de las situaciones difíciles, muy dolorosas que hemos enfrentado? Para ello: “hacer memoria de nuestra misma vida y experiencia, de nuestro sufrimiento, necesidad, incapacidad y limitaciones. Hacer memoria no con tristeza, lamentaciones y hasta amargura, sino con gran confianza; reconociendo que Dios estaba presente también en esos momentos de nuestra vida. Recordar que él nos acompañaba y nos decía: estoy aquí y te amo. Una vez que hemos hecho memoria, conviene preguntarnos qué hemos aprendido de estas experiencias y qué puede ser útil para los demás. Cómo les podemos ayudar a descubrir la

mano de Dios y aprovechar las circunstancias duras o confusas de la vida para encontrar a este Padre que camina a nuestro lado” (P. Christopher Brackett)

+ No olvidar la lección que la Sma. Virgen María, Madre del Buen Consejo, nos da en las bodas de Caná. Nos señala a Jesús y nos dice: “Hagan lo que Él les diga”. Estas palabras no son sino un eco de la Palabra de Dios Padre en el bautismo de Jesús y en su transfiguración: “Escúchenlo”. Todo buen consejo es un reflejo de la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, de Cristo el Señor, porque todo buen consejo orienta para salir de la situación de mal o incertidumbre a fuerza de bien. Todo buen consejo aconseja un bien. Por esto mucho nos ayuda la lectura y la meditación de la Palabra del Señor. Así va penetrando en nosotros su manera de mirar, de juzgar, de actuar. Esto va entrando en nuestro modo de ser, de donde brotará la palabra que hace bien.

+ Rezar por la persona que nos está confiando la situación que vive y que nos pide consejo. Poner ante el Señor lo que la persona nos comparte. Pedir al Señor su luz y comentar con Él las dificultades que percibimos.

Si “dar un buen consejo al que lo necesita” es una obra de misericordia de la que se nos va a pedir cuentas en la tarde de nuestra vida, quiere decir que todos podemos realizarla. Pidamos su luz al Espíritu Santo y dejemos que Él nos guíe, nunca nuestros intereses egoístas ni el dañar a las personas.

ENSEÑAR A QUIEN NO SABE

+ **El Señor nos pide vivir esta obra de misericordia.** San Marcos nos dice que “al desembarcar, vio Jesús un gran gentío, sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor y se puso a enseñarles muchas cosas” (Mc 6,34). Sintió compasión y se puso a enseñarles. Enseñar a quien no sabe es una obra de misericordia muy practicada por Jesús. En muchas páginas del Evangelio se nos dice que “Jesús se puso a enseñar” a la gente o a los discípulos. Y cuando envió a los apóstoles a continuar la misión que Él había recibido de Dios Padre, lo primero que les encargó, junto con curar a los enfermos y liberar a los oprimidos por el mal, fue que enseñaran, que predicaran la Buena Nueva del Evangelio. Ese encargo lo tenemos todos los discípulos de Jesús. Por ser discípulos suyos somos sus misioneros.

+ **¿Qué es lo que hemos de enseñar?**

= El Papa San Juan Pablo II nos decía: “Lo más urgente hoy es llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad y su anhelo de un sentido último y definitivo de la existencia”. Somos capaces de descubrir la verdad. Podemos conocer la realidad de las cosas, las que percibimos con nuestros sentidos y los aparatos perfectivos de los sentidos, y las que

investigando y razonando podemos descubrir como fundamento o como consecuencia de lo que percibimos. Por ejemplo: es un hecho que cada día nos comunicamos, necesitamos comunicarnos, buscamos comunicarnos. Un castigo muy cruel consiste en aislar al prisionero, impidiéndole toda comunicación. Si comunicarnos es una necesidad en nuestra vida de cada día, debemos cuidar aquello que la hace posible: decir la verdad, no echar mentiras, de otra manera se pierde la confianza y de nada sirve el comunicarnos. Si comunicarnos es una necesidad de nuestra vida diaria, quiere decir que estamos orientados unos para otros, que nos necesitamos. Por tanto debemos cuidar aquello que hace posible nuestra orientación a los demás: ser un bien para ellos. Somos capaces, pues, de descubrir la verdad, la que percibimos con los sentidos y la que descubrimos a partir de la realidad percibida.

Y el Papa San Juan Pablo nos señala también la urgencia de ayudar a las personas a descubrir su anhelo de un sentido último y definitivo de su existencia: ¿quiénes somos? ¿de dónde venimos y a dónde vamos? ¿para qué tantos avances que a costa de tanto esfuerzo ha logrado la humanidad? ¿qué después de la muerte? Si la vida no tiene un sentido, cualquier decisión es buena. Esto pareciera liberador, pero en realidad es lo más opresivo para una persona, porque significa que nada vale la pena.

= En su exhortación apostólica La Alegría del Evangelio, el Papa Francisco nos dice que a quien no sabe de la fe cristiana hemos de enseñarle el núcleo fundamental: “En este núcleo fundamental lo que resplandece es la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (36), pero sin mutilar la integridad del Evangelio, porque “cada verdad se comprende mejor si se la pone en relación con la armoniosa totalidad del mensaje cristiano, y en este sentido todas las verdades tienen su importancia y se iluminan unas a otras... El Evangelio invita ante todo a responder a Dios amante, que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos. ¡Esta invitación en ninguna circunstancia se debe ensombrecer” (39).

= Parte de nuestra labor evangelizadora es también esta otra enseñanza, de la que el Papa Francisco nos dice que también seremos examinados por el Señor Jesús: ¿“Fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza”?

No podemos negar los grandes esfuerzos que las autoridades han hecho para establecer en nuestro Estado centros escolares en las comunidades. Sin embargo, en nuestro Estado, hay todavía más de 500 mil personas que por

alguna circunstancia no han aprendido a leer y escribir, y poco menos de 600 mil que no han concluido su primaria. El Instituto para la educación de adultos ofrece la posibilidad de lograrlo. Con mucho cariño y afecto a quienes se encuentran en esta situación, les invito a darse ahora la oportunidad de aprender. Pueden preguntar a los maestros de sus localidades y también a los sacerdotes, cómo lograrlo. A los jóvenes que reciben el sacramento de la confirmación les he pedido mirar si entre sus abuelos, tíos o vecinos hay alguien que no sepa leer y escribir y acercarse a ofrecerle enseñarle. No hagan oídos sordos. Que todo mundo sepamos leer y escribir, pues esto abre las puertas de todo un mundo. Mi reconocimiento y gratitud porque desde hace algunos años también a través de la radio se hace esta obra de misericordia en bien de muchos radioescuchas.

= Pero hay otro campo del saber que también ha de ser transmitido a las nuevas generaciones: el oficio en el que trabajaron ustedes queridos papás y abuelos; su arte para cultivar la tierra o para elaborar tantos objetos tan hermosos y útiles; las recetas de cocina y los primeros remedios para las enfermedades; su lengua y su cultura... Cuando no recordamos algo que hacía mamá o papá, hablamos a los hermanos y si a alguno se le quedó la manera de hacerlo, nos comparte y nos sentimos contentos. Pero cuando nadie recuerda cómo se hacía aquello, nos da la tristeza de que algo de nuestra vida ha muerto.

+ **El amor, raíz de esta obra de misericordia.** Para papás y maestros, enseñar a sus hijos y alumnos es un deber de justicia, pero ha de estar arraigado en el amor, porque justamente solo cuando se ama a una persona es posible ayudarle en su crecimiento y maduración. El Papa Francisco nos ha hablado de lo mucho que se necesitan en la labor educativa estas tres expresiones de amor: cercanía, arte para corregir y paciencia. En los papás los lazos de sangre no bastan para asegurarlas. Es necesario buscar vivirlas de propósito. En los maestros, su profesionalismo les obligará a cumplir los programas, pero solo el amor hará que les interesen sus alumnos. Si los aman, su meta será que aprendan, que se capaciten, que se formen y en eso se empeñarán. En cada uno de sus alumnos, el Señor Jesús les pide la ayuda de su amor.

Todos podemos realizar esta obra de misericordia. Compartir la verdad y el bien sabemos no nos empobrece y enriquece mucho a quien se lo compartimos.

CORREGIR AL QUE YERRA

+ Todos tenemos necesidad de esta ayuda. Nos es difícil mirarnos a nosotros mismos y muchas veces no caemos a la cuenta del mal que estamos haciendo. Un señor que estaba enfermo, tal vez ya muy enfadado de estar en cama y lo molesto que se pone uno cuando se siente mal, estaba tratando de manera muy hosca a su esposa que le atendía. Nadie en casa se atrevía a decirle algo. Un su compadre que fue a verlo y vio la manera como se comportaba, le dijo: “No, pues, compadre. Su esposa no merece ese trato. Además de lo que se cansa al cuidarle, así la va a fastidiar”. Mucho le agradeció la corrección aquel señor a su compadre y mucho se lo agradeció también su familia. “Qué bueno que le dijo”, decían sus hijos. Todos en alguna ocasión necesitamos la ayuda de los demás para caer a la cuenta de nuestras faltas y errores, y poder corregirnos.

+ Jesús corrigió muchas veces a sus discípulos: a Pedro le hizo ver que al oponerse a su misterio pascual, a la entrega de su vida y su resurrección, no estaba pensando según Dios, sino según los hombres; al grupo de discípulos que se enojaron con Santiago y Juan porque pedían al Señor los primeros puestos, los corrigió y les indicó que el que quisiera ser el mayor fuera el servidor de todos. A quien injustamente lo golpeaba le llamó la atención diciéndole que le indicara en qué había faltado y si no, por qué le pegaba. A sus discípulos de todos los tiempos nos pidió que tuviéramos la caridad de corregirnos unos a otros, y nos indicó la manera de hacerlo: “Si tu hermano peca, ve y corrígelo a solas; si te escucha habrás evitado que tu hermano se pierda, pero si no te escucha lleva contigo a uno o a dos más, para que toda palabra quede confirmada por boca de dos o tres testigos. Pero si él los ignora, denúncialo a la comunidad, y si también ignora a la comunidad, considéralo como un pagano...” (Mt 18, 15-17).

+ Corregir a un hermano es una obra que nace del amor, es querer ayudarle a ser mejor. Por ello, antes de hacerlo debemos preguntarnos: ¿cómo puedo ayudar a mi hermano para que se aparte del mal que está haciendo, para que se corrija? ¿Cómo le es menos difícil a mi hermano aceptar la corrección que le voy a hacer? Pensemos cómo nos gustaría que alguien nos hiciera este servicio. ¿Cuándo nos es menos difícil aceptar una corrección?

Para responder a estos cuestionamientos vamos a ayudarnos de dos reflexiones del Papa Francisco. Nos dice que al corregir hemos de hacerlo: con caridad, con verdad y con humildad.

Estamos reflexionando en la tercera obra de misericordia espiritual, corregir al que se equivoca. El Papa Francisco nos dice que para prestar este servicio de corrección fraterna hemos de hacerlo con caridad, con verdad y con humildad.

= **Con caridad:** El Señor Jesús nos dice que para corregir hay que ir a solas con el hermano. Llevarlo aparte, hablarle personalmente, explicándole que lo que hizo o dijo no está bien: “Pero, hermano, en esto creo que no has obrado bien”. Buscar al hermano y encontrarnos a solas con él es una actitud de delicadeza, de prudencia, de atención hacia quien ha cometido una falta. Se le da la posibilidad de poderse defender y explicar sus acciones con entera libertad. Esto muchas veces acaba con malos entendidos. Pero aún en el caso de que la persona sí haya cometido el error, entonces haber ido a solas con ella es una discreción que evita mortificarle inútilmente. Se habla entre dos, nadie se da cuenta de ello y todo ahí puede terminar. Es pues un gesto de respeto al buen nombre del hermano, a su dignidad.

El Señor Jesús sugiere un proceso: si no te hace caso, hazte acompañar... si ni así, entonces señálalo a la comunidad... Con esto el Señor nos hace conscientes del esfuerzo que ha de realizar la comunidad para acompañar a quien se equivoca, con el fin de que no se pierda. Lo que se pretende al ir acompañados, por una parte, es ayudarlo a ser más consciente de mal que ha hecho y hacerle comprender que ha dañado a la comunidad... Pero, por otra parte, también es para ayudarnos a nosotros a liberarnos de la ira o del resentimiento, que sólo hacen daño. La amargura del corazón lleva a la ira y al resentimiento y que nos conducen a insultar y agredir... y esa no es la obra de misericordia de corregir al que se equivoca. Eso es insultar y maltratar.

Corregir es como el zurcir que hacían nuestras abuelas, como el zurcido invisible que hacían los sastres, una labor muy delicada y paciente... Corregir es una operación quirúrgica que requiere anestesia para que el paciente no muera de dolor. Por ello, no puedo corregir cuando estoy resentido, enojado, incómodo. O cuando experimento la dependencia afectiva o un apego excesivo a la persona a quien deseo corregir. Esto me hace perder la objetividad. Primero he de lograr la serenidad.

= **Con verdad:** el corregir necesita de la verdad: “esto que te digo a ti no es un rumor que me ha llegado, no son habladurías, sino que es un hecho, es verdad”. Pedir una explicación es algo muy diferente a hacer una corrección y así lo ha de comprender la persona con quien estamos. No podemos hacer materia de corrección aquello que no se ha comprobado bien, pues corregir sobre rumores, suposiciones o sospechas, supone hacer méritos para ser injusto.

Cuando convivimos con una persona nos damos cuenta de muchas cosas que tiene que corregir. Quienes conviven con nosotros también perciben muchas cosas que nosotros debemos corregir, miran nuestros defectos. Sin embargo para realizar esta obra de misericordia de la corrección fraterna, hemos de seleccionar solo aquello que vale la pena advertirle a nuestro hermano, que puede aceptarlo en ese momento y así ayudarlo en su crecimiento humano y en su santificación. Centrarnos solo en eso, evitando superlativos, y exageraciones como “tú siempre, yo nunca, tú todo, yo nada...” Bien sabemos que no es verdad eso.

Mirar todo bueno o todo malo es una carencia de contacto con la realidad: la realidad personal, la realidad familiar, la realidad social, la realidad eclesial tiene aspectos positivos que por respeto a la verdad y al bien deben ser valorados y cuidados, y tiene aspectos negativos que por amor a nuestros hermanos hemos de buscar superar para mejorar el bien que tenemos. Para que alguien tenga derecho a corregir tiene primero que ser persona que esté capacitada para reconocer lo bueno de los demás y que sea capaz también de decirlo: que no corrija quien no sepa elogiar de vez en cuando señalado el bien de la persona, de la institución, de la situación. El que nada positivo encuentra en los demás tiene que replantear su vida desde los cimientos: algo en él no va bien, tiene una ceguera que le inhabilita para corregir porque no mira la realidad sino sus prejuicios.

= **Con humildad:** Al corregir hemos de hacerlo con humildad. Esta actitud de humildad la miramos con grande claridad en el Santo Padre el Papa Francisco. Al hablarles a los internos del CERESO en Ciudad Juárez les dijo: “Y al decirles estas cosas, recuerdo aquellas palabras de Jesús: “el que esté sin pecado que tire la primera piedra”, y yo me tendría que ir. Al decirles estas cosas no lo hago como quien da cátedra, con el dedo en alto, lo hago desde la experiencia de mis propias heridas, de errores y pecados que el Señor quiso perdonar y reeducar. Lo hago desde la conciencia de que sin su gracia y mi vigilancia podría volver a repetirlos. Hermanos, siempre me pregunto al entrar a una cárcel: ¿Por qué ellos y no yo? Y es un misterio de la misericordia divina; pero esa misericordia divina hoy la estamos celebrando todos mirando hacia delante en esperanza”.

Y el Papa Benedicto XVI nos decía: “Naturalmente, esta gran obra de misericordia, ayudarnos unos a otros para que cada uno pueda recuperar realmente su integridad, para que vuelva a funcionar como instrumento de Dios, exige mucha humildad y mucho amor. Sólo si viene de un corazón humilde, que no se pone por encima del otro, que no se cree mejor que el otro, sino sólo humilde instrumento para ayudarse recíprocamente, sólo si se siente esta profunda y verdadera humildad, si se siente que estas palabras vienen

del amor común... podemos ayudarnos en este sentido con un gran acto de amor”.

Corregir al hermano es un servicio, y es posible y eficaz sólo si cada uno se reconoce pecador y necesitado del perdón del Señor. Una señal evidente que no puede uno acercarse y corregir a alguien es el hecho de sentir “cierto placer” al descubrir el defecto, el error o la equivocación de la otra persona como ocasión para ir a corregirlo. Es necesario estar “atentos porque eso no es del Señor”. La conciencia misma que me hace descubrir el error del otro, ya antes me ha hecho ver que yo mismo me he equivocado y me equivoco muchas veces. Quien quiere corregir a alguien tiene que estar dispuesto a ser corregido. Cuando vemos que una persona recibe una observación y escuchamos que responde con sencillez: «Tienes razón, ¡gracias por habérmelo dicho!», reconocemos que nos encontramos ante una persona de valor.

Tarde que temprano papás y maestros nos damos cuenta que para corregir no basta imponer castigos. Estos son necesarios y han de imponerse para hacer conciencia de los límites de justicia que todos debemos respetar para poder convivir. Esos castigos han de ir en la línea de restablecer el daño causado por quien no respetó los límites de justicia debidos, pero nunca han de causar un daño físico o psicológico a la persona. Sin embargo, los castigos no bastan, de alguna manera hay que entrar en el corazón de quien ha fallado y desde ahí ayudarle a mejorar. “Y para entrar ahí, cito un autor cuyo nombre no recuerdo, hay que quitarse las sandalias, asumir una postura humilde: el corazón de los demás es siempre tierra sagrada. No se puede entrar ahí con botas que lastiman y dañan, menos aún a caballo o con tanques de guerra”. Hemos de llegar con humildad y sencillez.

CONSOLAR A QUIEN SE ENCUENTRA TRISTE

+ **Siempre que Jesús encontraba una persona triste se acercaba a consolarla.** A mí me cautiva mirarlo cuando pasaba por Naím, vio que llevaban a enterrar al hijo único de una viuda. Nadie le pidió nada. Se acercó, consoló a la pobre viuda, “no llores” y luego le devolvió vivo a su hijo. También me impresiona cuando al pasar junto a la piscina de Betesda vio ahí a un enfermo que esperaba el milagro desde hacía 38 años. “Al verlo tendido”, así estaba aquel hombre, “tendido”, Jesús se acercó, le preguntó si quería ser curado y lo curó. Es también muy lleno de ternura su encuentro con María la mañana de la resurrección: aquella mujer lloraba y preguntaba dónde habían puesto el cuerpo de su Señor. Al mirar su llanto, Jesús pronuncia su nombre: “María”, y la tristeza desaparece del rostro de aquella mujer. También es muy de Dios y muy humano el encuentro de Jesús con Pedro a orillas del lago. El

Señor sabe la tristeza que tiene aquel hombre en su corazón por haberlo negado. Y se acerca a consolarlo: le da la oportunidad de echar fuera su tristeza, confesando tres veces su amor: “Señor, tú lo sabes todo, tú bien sabes que te quiero”, y lo confirma en el cargo que le había dado como pastor de su Iglesia.

+ **¿Qué es consolar?** Al mirar a Jesús consolando a las personas que estaban tristes, nos damos una idea clara de en qué consiste consolar. ¿Qué es consolar? Todos hemos sido consolados, desde muy pequeños. Todos hemos consolado a otras personas, también desde muy pequeños. ¿Qué es consolar? Encontré en Catholic net – familias católicas una descripción que a mí me parece muy luminosa: **consolar es saber ofrecer el gesto humano que la persona triste más necesita.** En ocasiones será tomarla de la mano o abrazarle sin decir nada, dejar que su llanto fluya y se aquiete su alma. Otras veces será escuchar y escuchar hasta que se desahogue la persona. Un señor me platicó que al ir en el supermercado llevando su carrito con las cosas que iba a comprar, se encontró con una señora ya mayor de edad que con enorme tristeza miraba su bolso abierto, vacío. Llevaba en sus brazos una bolsa de arroz y una botella de aceite. Al verla así le preguntó: “Señora, ¿le robaron?” Ella asintió con su cabeza. “¿Cuánto traía?” “Setenta pesos”. “Ah, señora, no se apene. Tenga compre sus cosas”. Y me comentaba aquel señor: “¡qué sencillo es en ocasiones quitar la tristeza!”. Recordemos cuando de niños alguien del grupo está triste, ciertamente era por cosas muy sencillas: que el regaño de papá o de mamá, la negación de algún permiso, la descompostura o pérdida de algún juguete, bastaba hacerle cosquillas y echarnos a correr para que el otro se levantara y nos siguiera, ya sin la tristeza a la espalda. Hay otras ocasiones en que la tristeza es muy profunda, arranca desde muy dentro, como cuando muere alguien muy cercano a nosotros o como cuando hemos ofendido gravemente a alguien o como cuando sucede una tragedia o es perpetrado un crimen tremendamente absurdo. Entonces el gesto humano que necesitamos para encontrar consuelo ha de facilitar que este consuelo nos llegue desde Dios, quien es el único que puede dárnoslo.

+ **¿Qué es estar tristes?** Bien que lo sabemos porque así estamos varias veces al día. Si vemos con ojos humanos un noticiero, no falta noticia que nos haga sentir cierta tristeza. ¿Qué es la tristeza? Es la reacción normal ante un mal presente, sea en la realidad o en la imaginación, es la reacción normal ante una pérdida, que sufrimos nosotros o alguna persona ligada a nosotros. En realidad todos somos una misma familia y de manera que la desgracia de cualquier persona nos entristece. Se trata de una reacción normal: ni modo de no sentirnos tristes, si vemos sufrir a nuestro hermano o hemos sufrido una pérdida. De ordinario pasa pronto, aunque hay tristezas que necesitan ser más elaboradas en la reflexión, en la plática con una persona de confianza, en

la oración. En general, la tristeza no nos impide continuar la vida ordinaria. Es cosa muy diferente a la depresión que es un estado de ánimo que se prolonga en el tiempo, en el cual la persona pierde todo interés y se mira toda ella abatida. Con quien se encuentra deprimido hemos de ser muy respetuosos, y sugerirle que vaya a ver a un médico o a un terapeuta de la conducta. Ellos son los que están capacitados para ayudarlo. Nuestra oración siempre les acompañe, pero hasta ahí. En general no estamos capacitados para tenderle la mano.

+ **El Señor nos ha confiado realizar esta obra de misericordia**, consolar a quien está triste. San Pablo nos dice: “Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios” (1 cor 1,3-4).

Nos dice el Papa Francisco: “Muchas situaciones requieren nuestro testimonio consolador. Pienso en aquellos que están oprimidos por el sufrimiento, la injusticia y el abuso de poder; a los que son esclavos del dinero, del poder, del éxito, de la mundanidad. Todos estamos llamados a consolar a nuestros hermanos, testimoniando que sólo Dios puede eliminar las causas de los dramas existenciales y espirituales”.

San Pablo nos ha hecho ver que no podemos ser mensajeros de la consolación de Dios, si nosotros mismos no experimentamos la alegría de ser consolados y amados por Él. El Papa Francisco precisa: “Esto sucede especialmente cuando escuchamos su palabra, cuando permanecemos en la oración silenciosa en su presencia, cuando nos encontramos con Él en la Eucaristía o en el Sacramento del Perdón”. Hemos de acercarnos a recibir el consuelo de Dios.

+ **¿Cómo consolar a las personas en su tristeza?** Ciertamente cada persona es única y única es la tristeza que vive en ese momento, por lo cual en cada situación hemos de preguntarnos: ¿cuál es el gesto humano que mi hermano ahorita necesita para ser consolado? Sin embargo, podemos mirar a Jesús y desde Él responder esa pregunta. Veámoslo consolando a los discípulos de Emaús que tristes se alejaban de Jerusalén después de haberlo visto morir en la cruz. Habían escuchado la noticia del sepulcro vacío, pero ellos habían decidido alejarse de aquellos lugares donde tan gran dolor habían sufrido. ¿Qué hace Jesús para consolarlos?

= **Se hace cercano**: camina con ellos. Es muy valioso estar con, hacernos presentes a la persona o a la familia en su tristeza.

= **Escuchándolos se da cuenta del estado de ánimo que viven**: Ve su rostro, mira su andar y les pregunta: “¿Por qué caminan tan llenos de

tristeza?”. Y les escucha largo trecho del camino. Mucho bien hacemos escuchando. El apostolado de la oreja que tanto nos ha recomendado el Papa Francisco. Apretemos la boca para que no nos salga el “a mí también”, el “yo también”, o lo que es peor: “lo mío estuvo todavía más pesado”. Es momento de escuchar y comprender, de buscar hacernos cercanos con el corazón.

= Jesús les **ayuda a comprender lo que ha pasado**. A veces la persona con ser escuchada alcanza el consuelo. Otras veces necesita ser ayudada a mirar lo que vive desde un horizonte más amplio y profundo, desde Dios. No es que debamos tener una cita bíblica para todo, como un recetario para toda ocasión. No. Pero sí hemos de tener la confianza de que la palabra de Dios es viva, una Palabra que el Señor dirige a cada uno en la situación que está viviendo. Ciertamente hay situaciones en que hemos de reconocer con honestidad que no tenemos la palabra que quisiéramos dar y hemos de dejar a Dios que sea Él quien la diga al corazón de aquella persona. Una vez ante la muerte muy repentina de un sacerdote amigo en un accidente, el Hermano Religioso que me escuchaba me dijo: “Vaya y llórelo ante Jesús”.

= Jesús **devuelve la esperanza a aquellos dos discípulos**: se deja reconocer por ellos al partir el pan. El Señor ha resucitado y sigue haciéndose presente a través de cada uno al hacernos compañeros de camino de quien se encuentra triste y así devuelve la esperanza. Una jovencita que una madrugada se accidentó en la carretera, me platicó del agente de la policía federal que le atendió. Aquel agente le dijo: “No tenga miedo. Yo me voy a quedar aquí hasta que llegue la ambulancia y la atiendan”. Y me comentaba la jovencita: “aquella palabra fue para mí como una luz, una esperanza, cuando yo miraba todo muy oscuro”.

= **Jesús deja que aquellos discípulos decidan qué van a hacer**. Tomo estas palabras del Padre Fabián Castro: “La tristeza es una emoción personal que afecta al individuo concreto. Nadie puede vivir por nosotros. Nadie nos saca de la tristeza o nos pone alegres. Somos nosotros los que, en definitiva, asumimos nuestras realidades y encauzamos nuestros sentimientos.

Jesús hizo de acompañante espiritual con estos dos discípulos tristes. Pero, al final del proceso, fueron ellos quienes decidieron ponerse en camino y... lo hicieron solos.

Quien quiere consolar a un triste tiene que revestirse de la humildad de saberse instrumento limitado y desechable: el otro es el importante, el único actor de su vida, el verdadero autor del cambio. Asumir esto es vivir en verdad el amor al prójimo”.